

REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA

DIRECCIÓN GENERAL DE ARQUITECTURA

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN

AÑO I

• NÚMERO 8

♦ MADRID

SUMARIO

Visión de la Roma futura, por Marcello Piacentini, Académico de Italia. — La Nueva Plaza de Augusto Emperador en Roma, por V. Ballio. — Los jardines de Stuttgart. — La Catedral de San Pablo. — Concurso de la Fuente de Villanueva. — Saneamiento de los barrios viejos de Frankfurt. — Paisageur e Monumentos de Portugal. — Resumen de Revistas.

VISIÓN DE LA ROMA FUTURA

Desde los primeros años del Gobierno del Fascismo, Roma inició grandes obras de transformación urbana, basándose en las claras y precisas directivas del Duce.

También en otras grandes capitales europeas hace tiempo que se emprendieron importantes estudios para su engrandecimiento, pero no todos han llegado a la fase de su concreta realización. Berlín está llevando a la práctica un grandioso programa de urbanización con la inmensa arteria norte-sur, que lo cortará en dos partes, encañalando como un enorme colector el mayor tráfico de la ciudad, mientras en París se había proyectado antes de la Gran Guerra la construcción de una gran avenida, continuación de la de Champs-Élysées, más allá del Arco de l'Etoile, hasta la plaza Maillot.

Madrid, después de haber realizado en época reciente las importantes obras de urbanización y de construcción de la Gran Vía y de la Ciudad Universitaria, se prepara a emprender, por voluntad del Caudillo, nuevas y más grandiosas obras, que le darán la fisonomía definitiva de gran capital de la Nueva España.

Del examen de estos diversos programas y proyectos se deduce la consecuencia que evidentemente Roma no será inferior a las otras grandes Metrópolis, teniendo en cuenta espacios y dimensiones y la diversidad de los distintos cuadros urbanos, representando su enlace un nuevo mérito al mismo tiempo que una nueva atracción, sobre todo cuando se tenga en cuenta que ninguna de las grandes ciudades puede enorgullecerse—como Roma—de poseer monumentos de todas las Edades, empezando por el siglo IV, antes de Cristo. Sin pretender competir con las grandes capitales europeas desde el punto de vista del tamaño, Roma tiene y conservará siempre un atractivo singular. Madrid, París, Londres, Berlín, Viena—exceptuando algún que otro edificio de la Edad Media y del Renacimiento—, son ciudades en su casi totalidad modernas: desarrolladas durante el período de formación de las grandes naciones, y sucesivamente rehechas en el si-

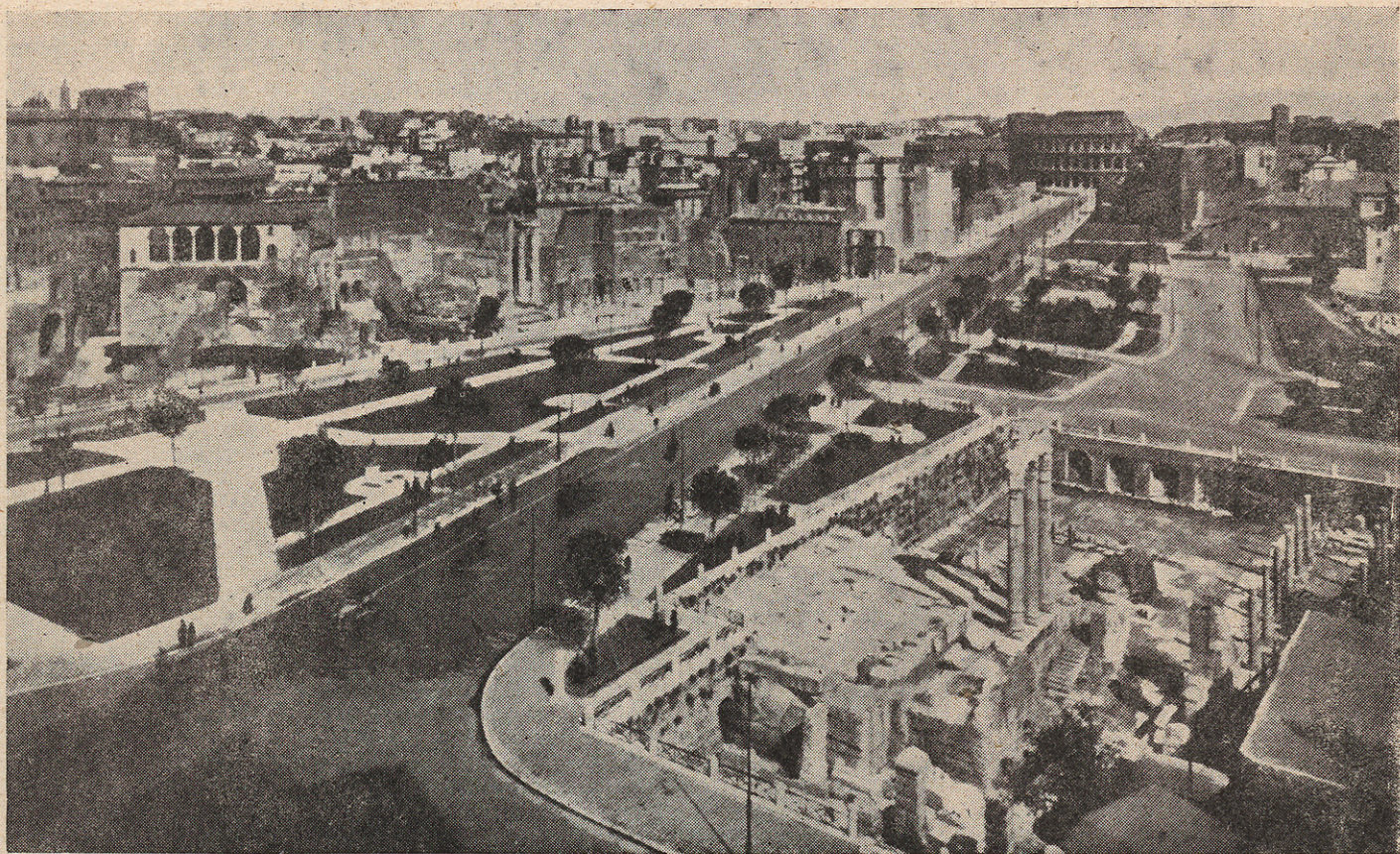
glo XIX; presentándoseles al turista como ciudades esencialmente dieciochescas, sobre todo teniendo en cuenta que sus monumentos más importantes pertenecen principalmente a esa época. Los más antiguos entre los monumentos de Madrid, el Museo del Prado y el Palacio Real, son del siglo XVIII. Si se exceptúa en París el Louvre y Notre Dame y algún que otro edificio histórico: el Arco de l'Etoile, el *Palacio Bourbon*, la Madeleine, la Bolsa, la plaza de la Concordia, la *plaza Vendôme*, son todas obras de poco más de cien años, y de poco menos el grande y el pequeño Palais. En Londres, los palacios White-Hall y la obra cumbre de Wren, la catedral de San Pablo, pertenecen cronológicamente a la primera mitad del siglo XVIII, y el Parlamento y todos los demás edificios públicos centrales han sido concebidos y construidos en el siglo pasado.

Roma, por el contrario, posee innumerables e insignes monumentos de la República Romana y del Imperio, restos fastuosos y originales, tales como para poder clasificarla entre los más hermosas ciudades medievales del mundo, si estos monumentos no fuesen ofuscados por otros más o menos antiguos, obras maestras universales que han venido constituyendo a través de los siglos las normas de la construcción.

Sin embargo, a pesar de ser emplazados con gran sabiduría y grandiosidad. ¿Qué cosa son el Arco de l'Etoile y la Madeleine o el Alt-Museum y la Puerta de Brandemburgo, o los mismos Museos de María Teresa, en comparación con los monumentos de Roma? Pregunto qué cosa son respecto a la Historia y respecto al Arte. Cuando consideramos que en la misma ciudad se pueden aún y siempre admirar la «Cloaca Massima», el «Tabularium», el «Colosseo», el «Pantheon», las «Termas», los «Foros», los Teatros, los Arcos de Triunfo y las Columnas conmemorativas de la antigüedad, y las Basílicas cristianas, y las otras Iglesias Menores, y San Pedro y San Juan, y los Palacios Farnese y Laterano, y el Vaticano, y el Campidoglio, y el Qui-



Planta de la zona de «sutura»



Vía del «Impero»

rinal y las plazas Navona y del «Popolo», y la infinita serie de otros monumentos religiosos públicos y privados, tales, que hacen mayor la extensión de nuestra ciudad que la de otras que tienen un número doble de habitantes; cuando—digo—reflexionamos sobre todo esto (y no cuento las bellezas naturales y las colecciones de arte), no podemos dudar un momento de la sin par belleza de Roma.

Hasta hace no muchos años, estos nuestros insuperables recuerdos y bellezas monumentales no habían sido, por decirlo así, valorizados, y lo que es peor, constituían a menudo un incómodo estorbo. El Foro era como una biblioteca especializada que servía solamente a los eruditos que escudriñaban incesantemente entre aquellos cúmulos de piedras: el Teatro de Marcello albergaba hosterías y vendedores de carbón. La Roma italiana se desarrollaba mediocrementemente en los espacios disponibles, se extendía hacia la periferia, creando barrios nuevos y nuevas calles y plazas.

Si se exceptúan las plazas del Esquilino y de San Juan, raramente fueron considerados los antiguos y viejos monumentos como punto central de nuevas composiciones urbanas: El Colosseo, abandonado y ahogado entre indecorosos caserones de alquiler; los Foros, escondidos o enterrados bajo viejas y humildes habitaciones; San Pedro, con accesos inadecuados, no dignos...

Pero desde el momento en que la mente de Mussolini se ocupó de los destinos de Roma, las cosas han cambiado: se ha liberado el Campidoglio de sus torpes incrustaciones, se han rescatado los Foros imperiales, exponiéndolos a la comprensión y a la admiración de todos; se ha circundado el Co-

losseo y el Teatro de Marcello con amplios espacios, se han creado avenidas anchas, grandiosas, que atraviesan entre los vestigios de la grandeza romana; se ha creado un acceso digno de la Basílica de San Pedro; se ha liberado el Mausoleo del Hombre más Grande que ha conocido el mundo; se ha reconstruido el Ara de la Paz; se han abierto calles nuevas en los viejos barrios y nuevas páginas arquitectónicas en la periferia, como el Foro Mussolini y la Ciudad Universitaria.

Y aquella Roma que en los años anteriores a la Gran Guerra, riquísima de monumentos y de sin igual belleza, era siempre una ciudad pintoresca y desordenada, en apariencia angosta y provinciana—hasta el punto de no poder compararse con las grandes capitales europeas—, por no haber sido en absoluto puestos en valor sus monumentos y por la insuficiencia de sus calles, mejor dicho, de su corte, aquella Roma presenta en la actualidad un aspecto bien diferente y puede compararse sin miedo con las demás ciudades europeas.

Sin embargo, mucho se puede y se debe aún hacer.

Roma, según la voluntad del Duce, debe extenderse principalmente hacia el mar. Esta es la orden y éste es el criterio que la elección ha dictado muy acertadamente, cuando se tiene en cuenta que era ésta la única zona virgen en contacto con las otras zonas monumentales de Roma, con las que puede enlazarse grandiosamente. Las zonas norte y noroeste no eran en absoluto aptas, ya por la dificultad de accesos a la otra orilla del río, ya por su naturaleza accidentada. Por otra parte, la corona de colinas que circunda Roma casi en semicírculo,

desde las de Parioli a Monte Mario, hasta el Gianicolo, no puede tener otro uso que el de parques públicos y paseos semejantes al panorámico «Viale dei Colli», de Florencia.

Las zonas del nordeste, las más hermosas como exposición y como vista (Salaria, Nomentana, San Juan, San Lorenzo), se hallan en la actualidad excesivamente pobladas, y son tan extensas y desgraciadamente tan desprovistas de carácter, y a menudo incluso de decoro, que era absolutamente imposible imaginarse un nuevo barrio de Roma de carácter monumental más allá de las citadas zonas. No se podía pensar—en una palabra—en dirigirse al nuevo centro monumental atravesando cuatro o cinco kilómetros de calles monótonas y antiestéticas de carácter banalmente popular, ni era tampoco posible concebir la demolición de estas zonas.

Por el contrario, la localidad llamada de las «Tre Fontane» se enlaza con la Roma monumental por medio de zonas que han quedado providencialmente intactas, y con las cuales se podrá—mejor dicho, se deberá—proceder a la *sutura* de las dos zonas. *Este es todo el problema de Roma.* Se llegará entonces a realizar una magnífica ciudad definitivamente, en verdad la ciudad más hermosa del mundo.

La plaza de Venecia, centro moral y báricentro geográfico. A ella concurren en la actualidad tres grandes sectores: el de la Edad Media y el del Renacimiento, de San Pedro y de «Trastevere», por medio del «Corso Vittorio Emanuele»; los del siglo XVII y XVIII, hasta el 1870, de plaza del «Popolo», a través del «Corso Umberto I», y finalmente, el último, que llamaremos «Sabaudo», desde la plaza de la «Esedra», a través de la calle Nacional. Más allá de estas zonas, las colinas, los parques, el verde. Desde la plaza de Venecia, donde concurren

estos tres viejos sectores, se abre y empieza la nueva Roma, que, injertándose en la antigua, grandiosamente y triunfalmente se desarrolla y se extiende hacia el mar.

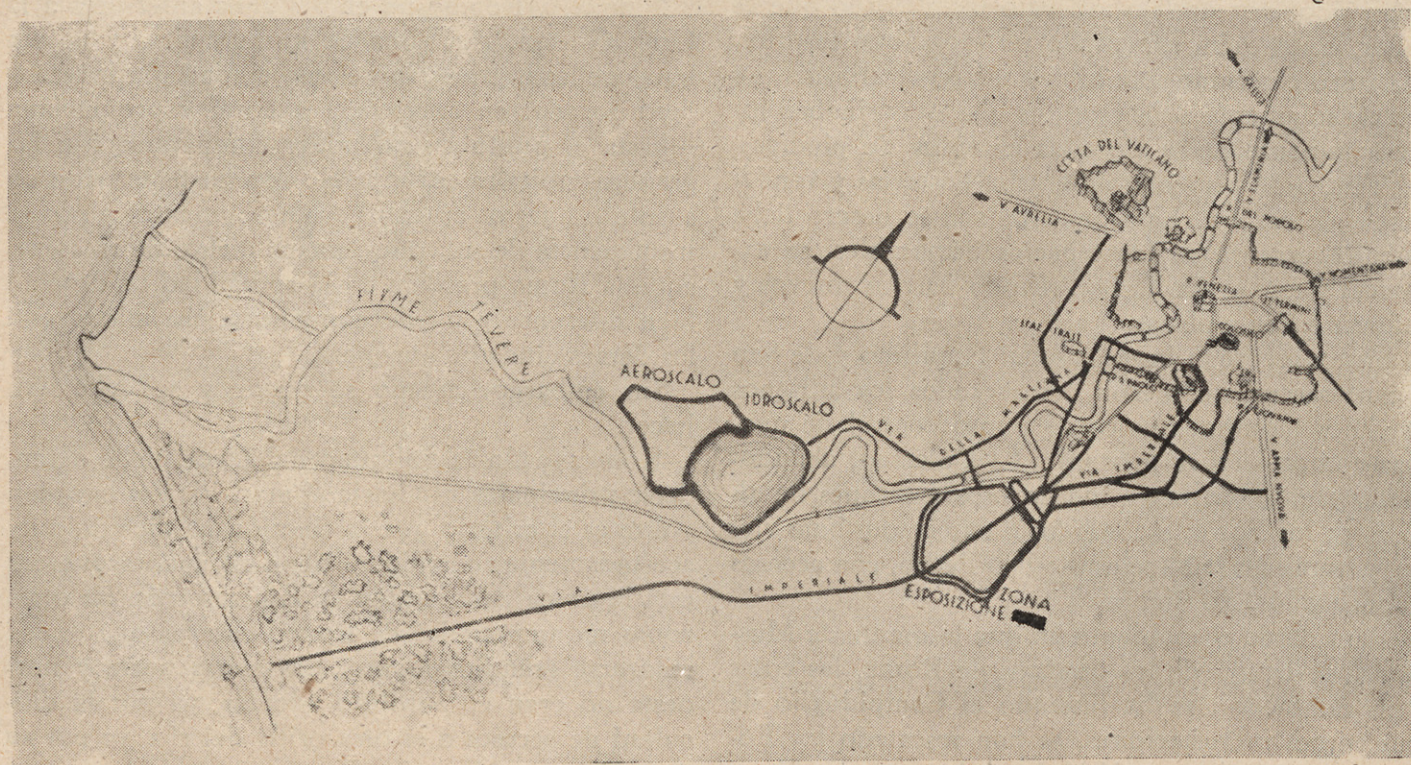
Y este es el cuadro que, concebido ya desde los primeros años de la Era Fascista por Mussolini, será completamente realizado. En esta zona, que tendrá como eje fundamental: plaza de Venecia-Castel Fusano, han de converger toda la actividad constructiva de carácter monumental.

Así, pues, a lo largo de esta avenida o avenidas (tanto mejor cuanto más rectas sean e inmediatas), que enlazarán la zona antigua con la Exposición, *deberán* construirse los nuevos Ministerios y los demás edificios públicos del Estado o de la Administración Pública; ahí se concentrarán las sedes de los más importantes servicios de la ciudad, dispuestos alrededor de amplias plazas y a lo largo de anchísimas avenidas arboladas, alternándose con jardines y lugares públicos de diversión y de paseo.

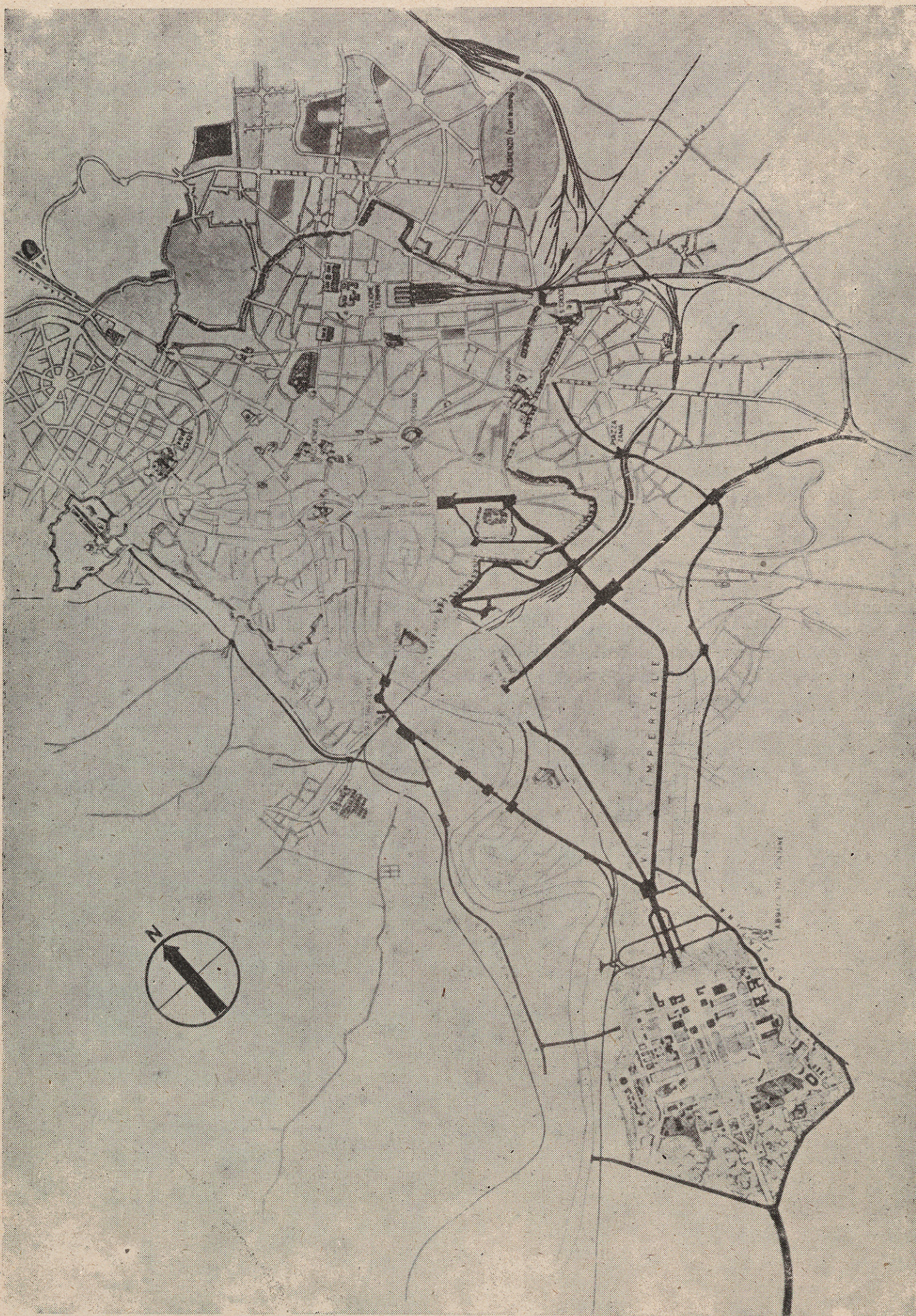
En la zona destinada a la Exposición Universal, donde después del triunfo del Eje, que será con certidumbre el final de la guerra, concurrirán en una magnífica asamblea naciones de todo el mundo, estando ya construyéndose con carácter estable museos, iglesias y palacios entre lagos, fuentes, parques y jardines.

Más allá de esta zona han sido previstos algunos centros de habitación (en proximidad de los agrupamientos de tiendas y demás servicios públicos), estando también en construcción, en la zona de la otra orilla del Tiber, el nuevo y grandioso centro de Aviación con el Aeródromo y el Aeropuerto.

En la amplia zona que empieza en la Puerta del Mar de la Exposición podría emplazarse—siempre que lo permitiesen las citadas consideraciones—el vasto campo dedicado a los juegos olímpicos, con



Planta de la zona de «sutura»



Esquema del plano de urbanización de Roma; zona de la Exposición y zona intermedia, con indicación de los principales enlaces tangenciales y radiales

sus estadios, áreas para espectáculos, pueblos deportivos, etc., en las cercanías del mar.

Esta es, lectores, la visión de lo que será esta Roma nuestra.

Rodeada al norte y oeste por las colinas, concéntrase en la plaza de Venecia los viejos barrios. Desde aquí empieza la grandísima Metrópoli, que se extenderá casi en 30 kilómetros hasta el mar. Primero, a través de las antigüedades Imperiales, en las cuales, y con las manifestaciones civiles y culturales, vive siempre y se temple nuestro espíritu; después, a través de las nuevas y grandiosas construcciones de la Era Mussoliniana, centro de las organizaciones y de la disciplina fascista; a lo largo de las grandes arterias imperiales, a través del barrio de la Exposición, y después, en medio de la zona destinada a la cultura física y a regeneración de la juventud, hasta los grandes y magníficos pinares a orillas del mar.

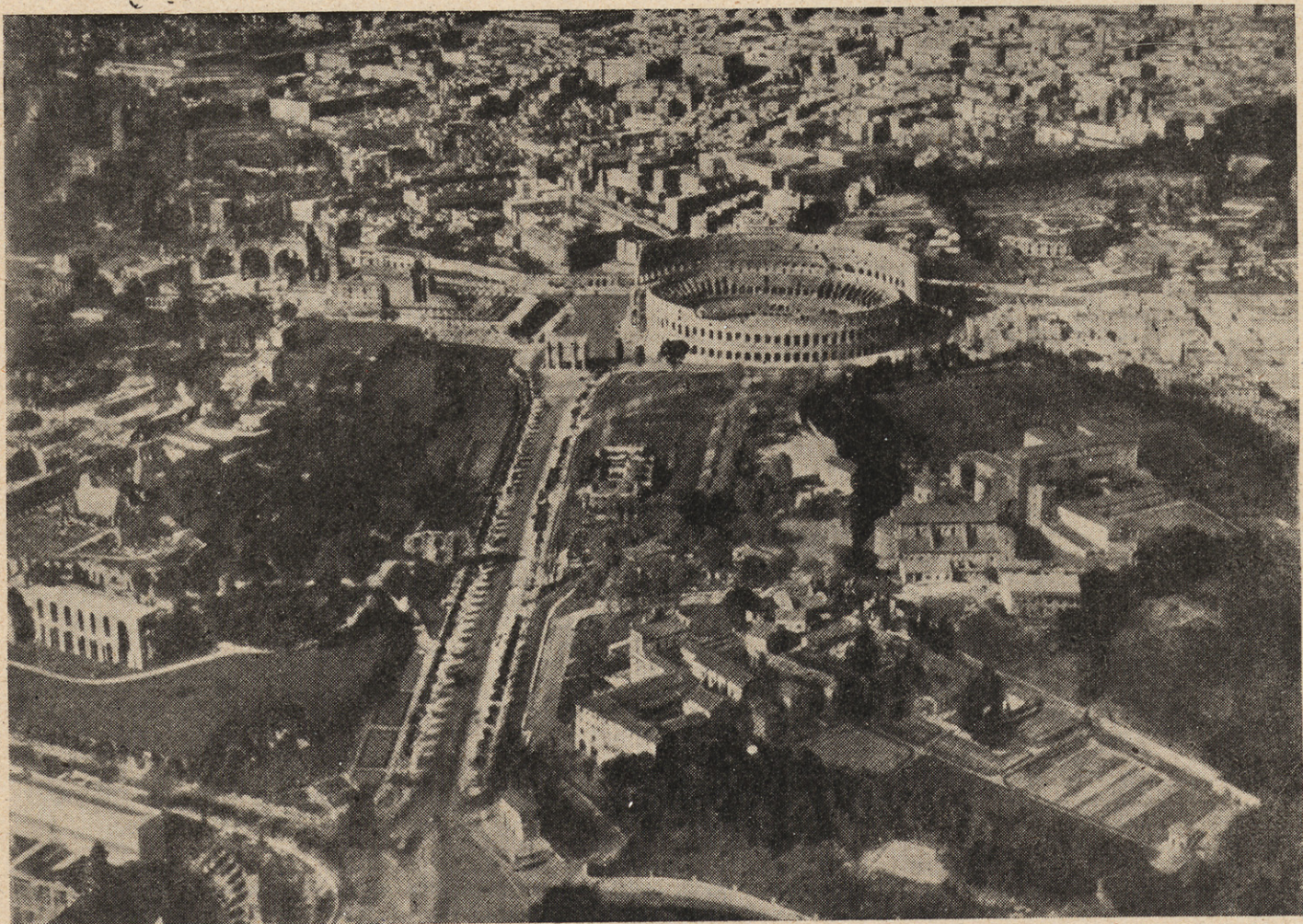
Si comparáis ahora las zonas monumentales de otras grandes metrópolis del mundo con el plano de esta Roma, tal como Mussolini la quiere, y la imagináis, al mismo tiempo, rica de tantos maravillosos documentos de nuestra Historia ultramilenaria, no podréis por menos de comprender y justificar el imperioso sentimiento de orgullo que nos domina.

A la vez que en la Roma futura, se pensará también en la vieja Roma—que se extiende desde la plaza Barberini a San Pedro—con otros programas, con otros proyectos más cautos, tales que no alte-

ren definitivamente el carácter de la ciudad, sin dejar por ello de adaptarle a las exigencias de nuestra vida actual. Deberán siempre vivir estos barrios del pasado en directo enlace con la nueva zona monumental; pero, necesaria y saludablemente, estarán menos congestionados de tráfico; deberán sobre todo, tener fáciles y cómodos enlaces con el nuevo centro monumental. De esta manera, se realizarán más fácilmente en ellos un trabajo de depuración higiénica y estética, en algunas zonas, verdaderamente apremiante. Se deberán crear también, alrededor del Pantheon, espacios dignos del insigne monumento; se podrán más económicamente sacar a la luz los restos de la antigüedad, se podrán abrir los accesos a Monte Mario, al final de la Avenida de «Mazzini», y al Gianicolo, desde la Plaza de la «Chiesa Nuova», y todos aquellos innumerables e importantísimos beneficios previstos—y no realizados—en los precedentes planos de urbanización. Se tendrán, sobre todo, que estudiar trazados más directos y eficaces entre la estación y el nuevo centro, así como entre éste y otros puntos vitales de la ciudad (San Juan, Esedra, etc.)

Es ésta, pues—con respecto del pasado y grandiosa visión del porvenir—, la Roma Mussoliniana, en cuya realización todos queremos y debemos cooperar, a fin de que sea una realidad inmediata tras la Victoria, cuando todos los pueblos vengán a admirarla.

MARCELLO PIACENTINI,
Académico de Italia.



Zona de enlace con la «Vía Imperiale»